

CAPÍTULO IX

Una protección inesperada

I

ENCARNACIÓN y Belmonte habían permanecido juntos algunos días en Lisboa; pero al tener noticia de que La Romana había llegado á la ciudad con las divisiones Carrera y O'Donnell, creyó el joven deber manifestar á su amante la necesidad de tener que separarse de ella para unirse á los españoles.

La flamante Magdalena demostró conformarse resignadamente á tan dura prueba, y el bizarro teniente se separó de ella prometiendo que no tardarían en volverse á ver, y quedando en avisarla si por acaso se trasladaban de nuevo á España.

Belmonte fué recibido en palmas y acreditó de nuevo su valor en multiplicadas ocasiones, tomando parte en las continuas escaramuzas que mediaban entre los defensores de las líneas y los franceses. El joven no había querido hablar absolutamente á nadie de sus relaciones con la bella tráfuga, temeroso de algún desagradable lance si por acaso llegaba la noticia á oídos de Méndez. Sin embargo, harto visible era que le dominaba alguna poderosa preocupación.

El general francés, á cuya *protección* la había arrebatado el bizarro español, creía que Encarnación había seguido la suerte de los otros prisioneros de Coimbra, entregados por Trant al populacho de Oporto, y no podía apartar de sí las más lúgu-

bres ideas. Era un militar de brillante carrera, ilustrado y valiente, uno de los más reputados en el arma de artillería, lo cual no evitó que concibiera por la leonesa una pasión verdaderamente insensata.

A mediados de diciembre llegaron á Portugal los refuerzos que esperaba Massena, consistentes en el 9.º cuerpo al mando de Drouet. El príncipe de Lugano se encontraba en Leiria cuando entró el nuevo general, que había conseguido hacer algunos prisioneros portugueses é ingleses de la división Trant.

El anciano corrió presurosamente hacia aquellos soldados, preguntando si había alguno que se hubiese encontrado en Oporto cuando la llegada de los prisioneros de Coimbra.

Uno de los milicianos respondió que él los había visto.

—¿Sabéis si se cometió algún desmán con una señora española que debió ser conducida también entre los franceses?

—No vi ninguna señora, mi general,—contestó el portugués,—ni oí decir nada respecto á ninguna mujer.

Un oficial inglés exclamó:

—¿Habláis de la querida del general Dannecey?

—De la misma.

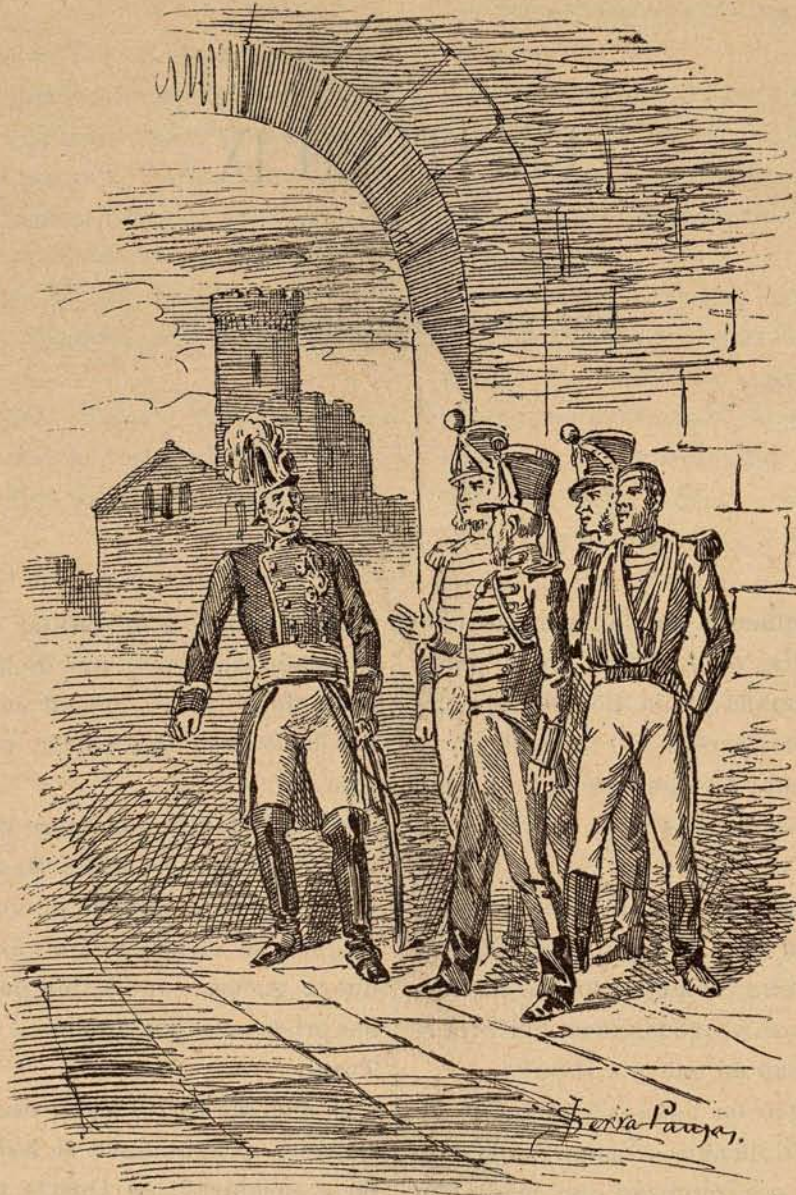
—Se la llevó un teniente de infantería española, que es ahora su amante. Yo se la entregué.

—¡Mientes, villano inglés!—exclamó el viejo Otello, descompuesto el semblante.

—Si sois vos el general Dannecey, siento habé-

roslo dicho. Por lo demás, no entra en el derecho de la edad, ni en las prerrogativas del vencedor, insultar á nadie que se encuentre, como yo, prisionero.

—Perdonadme: tenéis razón, caballero oficial,—



—¿Habláis de la querida del general Dannecey?

repuso el príncipe.—Venid conmigo y no hagáis caso de mí si os parezco un insensato.

II

El inglés salió de entre las filas y se dirigió, en compañía del general, al caserón en que éste se alojaba.

—¿Me dispensaríais el favor de decirme el nom-

bre de ese militar á quien entregasteis á Encarnación?—dijo el príncipe.

—¿Tenéis algún derecho sobre ella?—replicó el inglés.

—Legítimo, ninguno; pero la pasión que esa mujer me inspira es de tal naturaleza que no desearía á mi mayor enemigo sentir otro tormento igual.

—¿Os debe alguna gratitud la que buscáis?

—No, porque no hay nada bastante digno de ella.

—Mucho parece que la amáis.

—¡Como nadie ame!

—Me da lástima vuestra situación, y así os diré el nombre de su nuevo amante.

—¿De su nuevo amante? Y ¿con qué derecho os atrevéis á repetir que ese español sea su amante?

—Con el que me da la evidencia.

—¡Me matáis á cada palabra que decís! Hablad, os lo suplico, y nada me ocultéis.

—Os diré sencillamente que los dos fugitivos pasaron la noche en la ermita de Sernache, donde estaba yo escondido para evitar el encuentro con las tropas de Sainte-Croix, y que allí pude convencerme de que se querían apasionadamente. Figuraos á Dido y Eneas en la cueva sorprendidos por la tempestad.

—¡Callad!

—Me habéis dicho que hablara y he obedecido.

III

El pobre anciano quedó como aniquilado.

Al cabo de un rato repuso:

—¿Sabéis dónde están ahora?

—Salieron para Lisboa; pero su amante debe seguramente haberse incorporado á las divisiones españolas.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—D. Luis Belmonte.

—Gracias, caballero oficial. Quedáis libre. Ahí tenéis un salvoconducto.

El inglés saludó al general, dejándole entregado á la más sombría desesperación.

Al cabo de un rato el general dió orden de llamar al comandante de Saligny, marqués de Lagarde, sobrino suyo.

Octavio había dejado á Julia en la quinta de Carabanchel, separándose los dos enamorados en medio de los mayores extremos de dolor. La hermosa comendadora habíase convertido en fogosa amante, más rendida de cada día por la abrasadora pasión que le devoraba. El marqués había sido destinado á la brigada Gardanne, que andaba por las cercanías de Almeida y Ciudad Rodrigo, y llegó con ella á Leiria hacía pocos días.

El anciano general estaba trasfigurado al entrar Octavio, inspirando honda piedad la dolorosa ex-

presión de su rostro, verdadero poema de lúgubre desesperación.

Terrible es siempre el martirio de los celos, pero en un viejo se convierte en diabólica tortura.

—¡Señor!—exclamó el comandante al ver tan desfigurado al general.—¿Qué os sucede?

—¡Encarnación ha huído con un militar español!

—Se la habrá llevado para salvarla, mi general. Bien sabéis que los españoles darían cuenta muy pronto de esa mujer que les vendía si llegase á caer en sus manos.

—No: se ha escapado de su plena gracia. Tú tienes más noticias que yo de los españoles. ¿Has oído hablar de cierto teniente llamado Luis Belmonte?

—Sí, he oído,—repuso con acento contrariado Octavio.—Sé quién es. ¿Luis Belmonte es ahora el amante de Encarnación?

—No lo puedo creer, pero así se me ha dicho. Octavio: necesito la vida de ese hombre. Es imposible que podamos existir los dos á la vez. Quiero matarle, pronto, en seguida. ¿De cuándo le conoces tú?

—Mi general, no le conozco personalmente: sólo sé que ha sido ayudante del brigadier Espinosa.

—¿Y no sabes dónde para ahora el brigadier?

—Espinosa no está en Portugal, señor, sino en Badajoz, con Mendizábal. En cuanto á su antiguo ayudante, es seguro que en la actualidad se encuentra absolutamente fuera de nuestro alcance, pues los españoles están guarneciendo los fuertes de las segundas líneas.

—¡Malditas ellas!

—Corren unos tiempos en que todos debemos dar pruebas de serenidad y firmeza, señor. Tal vez vuelvan á España las tropas de La Romana, y entonces podremos buscar á Belmonte.

—No tengo bastante resignación para esperar tan largo plazo.

—Pues no veo otro remedio. ¿Cómo queréis penetrar en esos formidables murallones erizados de bocas de fuego y defendidos por profundos cauces?

—¡Uno ú otro de los dos miserables ha de caer pronto en mis manos para arrancarles el corazón!

—Tranquilizaos, mi general. Sed hombre y sabed sobreponeros á la desesperación que en este momento os tiene dominado. Esperad á que podamos medirnos en campo raso con los españoles, y para entonces yo os doy mi palabra de traeros vivo ó muerto á vuestro rival.

—Con calor tomas la cosa, Octavio. Gracias por tu celo.

—Es que tengo también asuntos pendientes con ese brigadier que os he dicho.

—¿Con Espinosa?

—Precisamente. Su mujer ofendió harto gravemente á cierta persona, y, si perdoné el agravio á la esposa, no se lo he de perdonar al marido.

—¿Conque tú también tienes recibidos agravios?

—Me encuentro en una situación, mi general, que sólo puede aclararse con un duelo. He de justificarme de ser hombre de honor y no encuentro otro medio que un desafío.

—Cuento contigo, pues. Me parece que siento cierto consuelo sabiendo que también tú quieres matar.

—Es para mí un triste deber ese duelo, mi general.

—Está bien. Haré, pues, como tú: esperaré.

IV

En tanto que esto pasaba en el campo de los franceses, Encarnación, sola y desconocida en Lisboa, no acababa de volver en sí después de la súbita transformación que había sufrido toda ella desde que en Coimbra volvió á ver al gallardo militar que la había galanteado en Mansilla.

Realmente la hermosa joven estaba prendada de Belmonte. Sea que la Naturaleza no pueda excusarse de rendir tributo á la belleza en todas sus manifestaciones, y Belmonte era un acabado tipo de varonil gallardía, sea que Encarnación se hubiese visto de pronto acosada de punzantes remordimientos y creído que con amar á aquel ardiente patriota redimía su traición anterior, ó sea que realmente hubiese sentido estallar en su pecho una pasión incontrastable, ello es que Belmonte era su único pensamiento, la imagen que veía sin cesar en sueños y despierta, su anhelo y su constante pensamiento. Él tenía menos años que ella, pues la antigua doncella frisaba en los veintiséis y él no pasaba de los veintitrés. Era, como mujer, mucho más formada que él como hombre, y tal vez esto contribuía á que fuera su cariño hacia el mancebo más exigente y profundo que no el del mancebo hacia ella.

Al despedirse Belmonte de su gentil amante, fué interminable el llanto de ésta.

Quedóse en una casa de la calle de los Mártires y no volvió á salir más. Tenía una criada de los Algarbes, y, á mayor abundamiento de precauciones, se hizo llamar D.^a Teresa. La joven estaba riquísima, poseyendo gran número de valiosos brillantes.

Uno de los primeros días de diciembre salía de casa para ir á misa, por ser la fiesta de la Concepción, cuando, al poner el pie en el portal de la calle, vió ante sí la figura del hombre que más le amedrentaba. Era Enrique Méndez.

El teniente coronel de caballería del Rey miró de pronto á la joven con alguna insistencia, y pasó luego de largo; pero al cabo de algunos pasos retrocedió y se dirigió hacia ella.

Miróla otra vez, y exclamó luego, con tono tan duro como desdeñoso:

—¿Qué has venido tú á hacer aquí? ¿Te ha mandado acaso Aráztegui para vendernos otra vez?

—¡Perdonadme, señor Méndez!—exclamó ella, aterrada.—Creed que no hago mal á nadie. ¡Dejadme ir, os ruego, dejadme, y estad cierto de que ningún reparo debéis tener por verme donde están los españoles! ¡Dejadme, y no me miréis siquiera si volvéis á encontrarme! ¡Os juro que nada debéis sospechar de mí! Olvidadme. Creed que no hago mal á nadie.

—Pero ¿por qué estás aquí? ¿No está tu puesto en el campamento francés?

—No queráis preguntarme nada más, Méndez: dejadme. Si dudáis de mí, ponedme cuantas guardias de vista gustéis; pero no me queráis atormentar más recordándome las tristes escenas en que me habéis aparecido.

—Extraña te encuentro.

—Dejadme, señor: estáis hablando con una mujer de todo punto ajena á la lucha entre España y Francia y que sólo desea la olviden cuantos la han conocido.

—Te creo, Encarnación, y, así, te dejo. ¿Quieres algo?

—Gracias, Méndez. ¡Gracias por vuestra generosa piedad!

—Adiós, pues. Accedo á tus súplicas y no quiero averiguar de qué depende tal mudanza. Si es cierto que nada tienes que ver con los franceses, te perdono y haré por ti lo que pueda.

La joven miróle con profundo agradecimiento y Méndez siguió su camino, grandemente admirado del

cambio que había observado en la trasformada vi vandra.

Encarnación miróle partir, y, sin ser dueña de contenerse, corrió hacia él, tirándole de la capa del uniforme en que iba envuelto.

V

Méndez se volvió, quedando más sorprendido todavía que antes.

—Habla sin temor,—exclamó.—¿Qué quieres?

—Méndez,—repuso ella con trémula voz;—sois tan bueno que me atrevo á rogaros queráis escuchar la explicación de todo.

—Hablad,—respondió Méndez dejando de tuitarla.

—Me entrego enteramente á vuestro albedrío,—replicó la leonesa,—y después de lo que os diga obrad como gustéis. Méndez: yo soy la querida de Luis Belmonte.

—¿De Luis Belmonte?—contestó sorprendido Méndez.

—Sí: le amo, le adoro, Méndez, con toda mi alma: mil vidas que tuviera las daría por él. Ya lo sabéis. Os pido, pues, que si le veis le habléis de mí, le digáis que le espero con desesperadas ansias, que le amo más que nunca, y que su Encarnación no puede vivir sin él. Sabedlo vos, que sois noble y enamorado: sabed que cada minuto que transcurre sin poderle ver es para mí un martirio. Sabed que no duermo ni sosiego pensando en él: le quiero como os quiere á vos vuestra esposa. ¡Sí! ¡Le quiero con tanta idolatría que me voy á morir si no le veo pronto!

—¡Singular mudanza! Creed que todo eso le diré, Encarnación,—contestó Méndez, conmovido ante la sinceridad de aquella confidencia.

—Y ¿le veréis muy pronto?—continuó diciendo ella.

—Mañana, á más tardar.

—¿Mañana? Luego ¿está muy cerca?

—Muy cerca, sí: en el castillo de Cintra.

—¡Méndez! ¡Méndez!

—¿Qué tenéis?

—No me siento con ánimo para deciroslo.

—Hablad.

—Méndez: si pudiera interesaros en lo más mínimo mi situación, me haríais la más dichosa, la más envidiable de las mujeres.

—¿Qué queréis? Creed que estoy dispuesto á servir en cuanto de mí dependa.

—Pues bien: ¿me querríais llevar con vos á Cintra?

—Pero ¿qué vais á hacer allí?

—Allí está Luis.

—Hay muchos que os conocen de antes y podríais quizás ser causa de algún lance.

—¡Tenéis razón, ay de mí! ¡No todos son como vos! ¡Oh qué bueno sois!

—Igual que los demás; pero quizás no acertarían á creer, como yo creo, en la verdad de vuestras palabras.

—Pero yo quisiera ver á Luis. Encontrarme privada de él en el mismo momento en que empezaba á ser feliz, creed que es una pena hartamente cruel. Si no hubiese tenido el honor y la fortuna de encontraros y de saberlo, no hubiera pensado en ello; pero imaginar que vos le podréis abrazar en breve y que yo estaré aquí tanto tiempo sin una sola noticia suya, me lastima y me agobia.

—Yo haré que Luis salga de Cintra mañana mismo con licencia para venir aquí. No tengáis, pues, impaciencia, ya que no os moveréis de su lado en mucho tiempo.

VI

Despidiéronse Méndez y la joven, quedando el buen militar hartamente confuso al pensar en las extrañezas femeninas, si bien con igual motivo hubiera podido también fijarse en las de los hombres, pues si Encarnación se había enamorado de un pobre subalterno, despreciando la opulencia de su posición, también por su parte Belmonte se había convertido en un nuevo Des Grieux, ó héroe por el estilo, correspondiendo sin vacilar y tan apasionadamente á su cariño.

Sea como fuere, era difícil decidir quién de los dos estaba más enamorado, y, ya porque en Cintra estuviese aburrido por la absoluta seguridad de no tener que entablarse allí ningún combate, ya porque realmente echase también de menos las deliciosas horas de que estaba gozando antes de la llegada de La Romana á Portugal, ello es que Belmonte recibió con imponderable júbilo la inesperada orden de trasladarse á Lisboa en comisión del servicio.

No se cuidó el joven de indagar el origen de tan asombrosa resolución, y corrió volando á la ciu-

dad, siendo recibido con la efusión que es de suponer por su enamorada compañera.

—¡Cuán bueno ha sido nuestro amigo!—exclamó Encarnación.—Anteayer me prometió que hoy estarías en mis brazos y no ha tardado ni una hora en realizarse su generosa oferta.

—¿De qué amigo estás hablando?—preguntó sorprendido Belmonte.

—Pues ¿no lo sabes?—repuso Encarnación.

—No, ciertamente,—replicó Luis.—Creí que se me había dado esa orden por convenir realmente al servicio, pues se me encarga de una delicada comisión aquí.

—Siendo así, siento haberte dicho nada.

—Habla: ¿qué ha pasado?

—Encontróme Méndez, y, cuando yo temía de su parte alguna violenta resolución, convenciéose de la sinceridad de mis palabras, y, cual si le moviese á lástima mi aficción, prometióme que, en vez de llevarme á Cintra, como yo le suplicaba, haría que tú volvieres á mi lado.

—Es singular,—repuso Belmonte.—Y ¿nada te dijo Méndez respecto á lo sucedido con el comandante Aráztegui?

—Ni una palabra. ¡Harto tuvo ocasión de ver que yo no era ya la vivandera de Llerena!

—Bien está: daréle las gracias cuando tenga ocasión de volver á verle. De todas maneras, para tener que pasar el tiempo en Cintra sin esperanza de poder luchar con los franceses, es preferible estar aquí, á tu lado: sólo batiéndome puedo dejar de sufrir si no te veo.

Siguió, pues, en todo su plenilunio aquella luna de miel, hasta que á mediados de enero de 1811 recibióse la orden de abandonar las líneas y trasladarse á España, llevándose consigo Belmonte á Encarnación.

VII

Pusiéronse en marcha las dos divisiones españolas al mando de Romana, cuando al llegar á Cartaxo ocurrió una desgracia por todo extremo lamentable.

D. Pedro Caro y Sureda fallecía repentinamente á consecuencia de la rotura de un aneurisma.

El ejército expedicionario sintió amarguísima-mente tan irreparable pérdida, llorando con verdadero dolor á su amado general.

Había terminado la existencia del bravo guerrero, que, si había tenido lunares, estaban eclipsados, sin embargo, por brillantísimas cualidades; había muerto el caudillo de la memorable retirada de Dinamarca, el hábil guerrillero que consiguió burlar la persecución de Soult, el digno individuo de la Comisión Ejecutiva de la Junta Central, el afortunado capitán del ejército de Extremadura, el que era una de las mejores esperanzas de la patria, y el que en aquella guerra había sido el más protegido de la fortuna. Había muerto un varón honradísimo, ilustrado más de lo que era menester para ser considerado como un sabio; hombre de arranques, audaz, entusiasta, patriota, de gran corazón, generoso y amigo de la justicia. Las Cortes, reunidas en el plazo fijado de antemano, dieron una prueba del alto aprecio que les merecía el finado mandando grabar en su sepulcro una inscripción en que se atestiguase que la patria le consideraba como uno de sus hijos predilectos.

El ejército quedó al mando del general Virués y recibió orden de interponerse entre Massena y Soult, que marchaba en su auxilio.

A su llegada á Extremadura, Belmonte volvió á ocupar su puesto al lado de Espinosa, que se encontraba en Badajoz, sitiado por Soult.



CAPITULO X

Río abajo, río arriba

I

VÍCTOR Hugo ha expresado en Ruy Gómez de Silva la violencia de una pasión senil, pero no vacilamos en asegurar que el general Dannecey superaba con mucho al barba de *Hernani*, con la circunstancia agravante de no tener á su disposición ningún cuerno para que Belmonte se diese de puñaladas. En cambio era su intención dárselas él en persona cuando la ocasión se presentase.

Y la ocasión no tardó en presentarse, por desgracia.

Había quedado interinamente al frente de las tropas de Extremadura el general Mendizábal, con expreso encargo de impedir que el mariscal Soult pudiese avanzar desde Andalucía y darse la mano con Massena, según era el plan dispuesto por el emperador, más atento siempre á combatir á los ingleses que á los españoles.

Mendizábal, que hacía poco tiempo había perdido á Olivenza con los 3,000 hombres de la guarnición, quiso meterse en Badajoz, sitiada por Soult, y lo consiguió sin dificultad. Una vez dentro, dispuso una salida que nos fué fatal, pues tuvimos en ella 700 bajas, volviendo, en consecuencia, á salir Mendizábal de la plaza dos días después de haber entrado.

El general se situó, con los 9,000 hombres á sus órdenes, en la margen opuesta del Guadiana, apo-

yándose en el fuerte de San Cristóbal; pero, confiando en que los franceses no podrían vadear el río á causa de la profundidad que allí tenían las aguas, descuidó enteramente la seguridad de su campo, no disponiendo ningún atrincheramiento ni otras obras de defensa, negligencia que pagó bien cara, según luego veremos.

II

El príncipe de Lugano y Octavio de Saligny habían sabido á tiempo el regreso á Andalucía de las divisiones españolas que habían tomado parte en la campaña de Torres-Vedras, y así se dieron prisa para que se les destinase á las operaciones que iban á emprenderse; pero, siéndoles difícilísimo poder incorporarse al cuerpo de ejército de Soult, se unieron á una división del ejército del centro, entonces regido por José, la cual marchaba hacia Trujillo para cooperar por su parte al sitio de Badajoz.

El mismo día que llegaron al campamento supieron los dos personajes que Belmonte había sido hecho prisionero en la fatal salida dispuesta por Mendizábal en la expresada plaza.

Dannecey respiró con feroz alegría al recibir la nueva, y mandó traer á su presencia al aborrecido rival.

Belmonte fué conducido entre bayonetas á la tienda del príncipe.

Al ver á aquel joven, que era casi un niño, nublóse la frente del anciano. ¡Qué diferencia entre su decrepitud y la arrogante lozanía del garboso teniente! ¡Con cuánto gusto se hubiera arrancado sus entorchados y veneras para cambiarlas por la apenas sombreada boca del mancebo! Su primer arranque fué arrojarle sobre él y estrangularlo, envidioso de su juventud y atenaceado por los celos; pero logró contenerse, y con voz trémula de ira le preguntó:

—¿Sois vos Luis Belmonte?

—Sí,—respondió con altivo tono el militar.

—¿Sois vos, pues, el que robó á cierta joven española llamada Encarnación Díaz?

—No la robé: quiso venirse conmigo porque me amaba, y me ama lo mismo que yo á ella.

—¿Eso os atrevéis á decir ante mí, y no os pone miedo mi furor?

—Ignoro vuestro nombre, general. Además, yo no temo á nadie ni á nada.

—Soy el general Dannecy, príncipe de Lugano.

—Pues siendo vos el príncipe, lo repito con mucho mayor motivo, para que no abriguéis la más mínima esperanza de que Encarnación vuelva jamás á vuestro lado.

—¿No sabéis que tengo vuestra vida en mis manos?

—Sí, lo sé: por lo mismo, mandadme fusilar cuando gustéis.

—No os mandaré fusilar si me decís dónde está Encarnación.

—Por hartos cobarde me tenéis, general. ¡Deciros dónde está Encarnación! ¿No conocéis que antes me daréis mil muertes que revelároslo?

—Necio sois si pensáis que dejaré de encontrarla á pesar de vuestro silencio.

—No la encontraréis, príncipe: tenedlo bien entendido; porque, así que ella sepa que os acercáis á donde está, no la podréis mirar sino cadáver.

Digamos que Encarnación seguía en Badajoz y que no era de esperar que la plaza se rindiese mientras estuviese allí Menacho, uno de aquellos inmortales gobernadores que hubo entonces en algunas plazas españolas, y cuyo nombre figura en la historia al lado de los de Palafox, Álvarez de Castro, Herrasti, Estrada, Santocildes y tantos otros de ilustre recordación.

Belmonte tenía, pues, motivos de estar muy confiado respecto á la seguridad de su amada dentro los muros de la valerosa ciudad extremeña.

—Id al depósito,—repuso el general con voz sombría,—y pensad que puedo disponer de vuestra vida así que se me antoje.

—Siempre estoy dispuesto á todo,—contestó Belmonte.

III

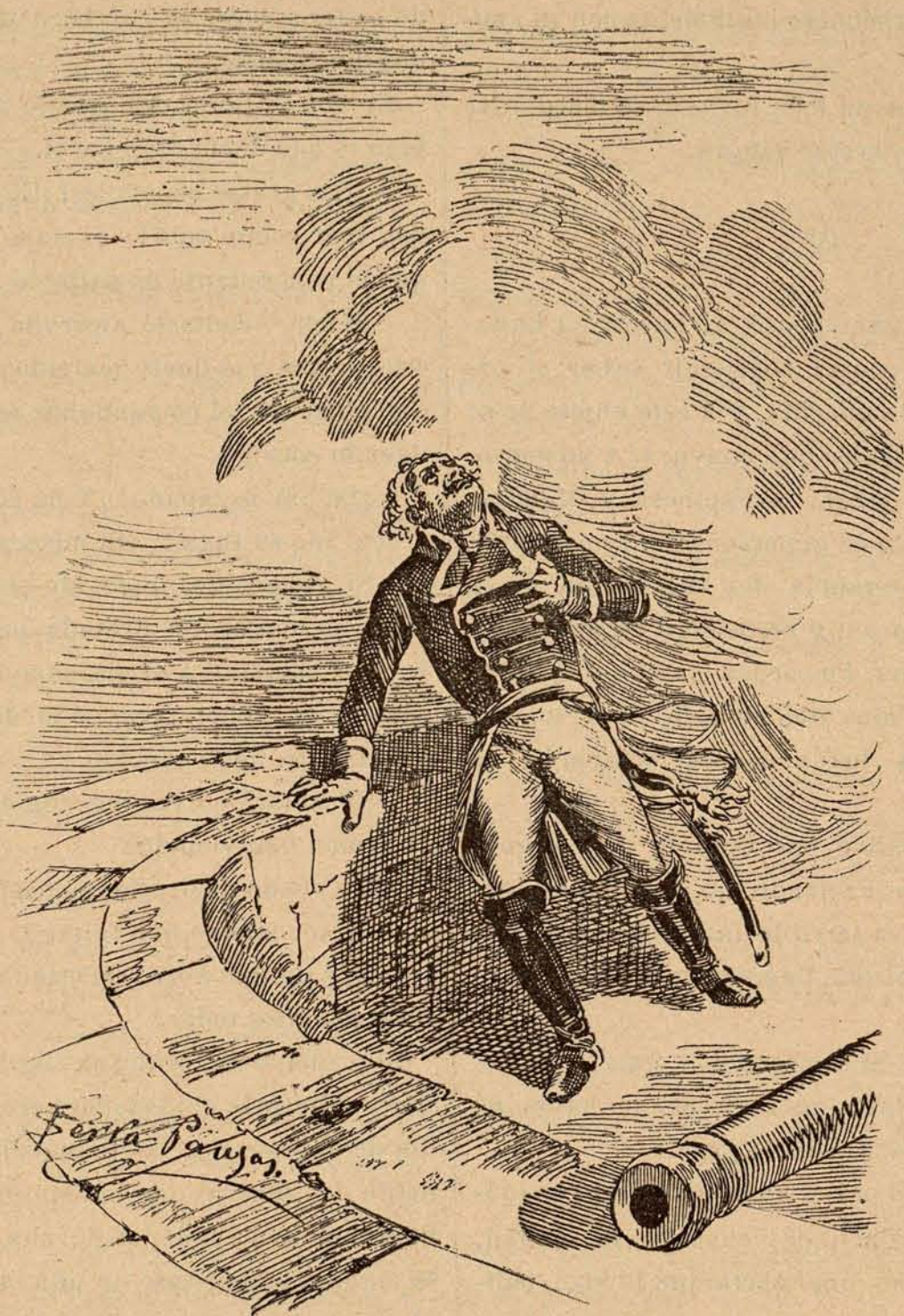
Por desgracia precipitáronse los acontecimientos de una manera harto lastimosa.

Entre los prisioneros hechos en la fatal salida contábase un miserable oficial de cuyo nombre no se digna hacer mención la historia, el cual reveló á Soult un paso por donde apoderarse fácilmente del hornabeque de Pardaleras, emplazado en sitio muy á propósito para establecer una batería contra la plaza. No tardó de este modo en apoderarse el enemigo del expresado castillejo, lanzando desde allí un inmenso número de bombas contra el campamento de Mendizábal, causándole gravísimos daños. Mas no fué esta la única desgracia, sino que no habiendo cuidado, según ya dijimos antes, el imprudente general, de atrincherar su posición, desoyendo en esto los atinados consejos de Wellington, vióse sorprendido de pronto por la terrible caballería de Latour-Maubourg y la infantería de Girard, que pudieron vadear perfectamente el río, á pesar de las seguridades en contra de Mendizábal, gracias al descenso de las traidoras ondas. Cayeron los franceses con impetuoso arrebato sobre los descuidados españoles, y dióse el vergonzoso espectáculo de que consiguiesen una señalada victoria con ser, sin embargo, muy inferiores en número á los nuestros.

Aquello fué una carnicería. Principiaron á huir los portugueses, intentando en vano contenerlos el valeroso general español D. Fernando Butrón á la cabeza de los regimientos de Lusitania y Sagunto, y formó dos cuadros Mendizábal, que fueron rotos, siendo al poco rato general la dispersión y completo el desastre. Perdimos más de 4,000 prisioneros, nos causaron 800 bajas entre muertos y heridos, y nos arrebataron 17 cañones, 20 cajas de municiones y cinco banderas. En cambio, por doloroso que sea tener que confesarlo, apenas llegaron á 400 las bajas de los franceses.

Los enemigos, ó, mejor dicho, los detractores de Mendizábal, procuraron abultar los hechos, aprovechando la desgracia ocurrida al intrépido caudillo; pero creemos que lo sucedido á éste hubiera podido

también pasar al más ducho general. La derrota de San Cristóbal no bastaba á oscurecer los lauros del denodado navarro, que en lo sucesivo demostró tener tanto pundonor como el más ejemplar y digno



...una bala de cañón le dejó sin vida

caballero peleando como soldado raso en los puestos de mayor peligro. Así se defendió Mendizábal de sus envidiosos.

La noticia de la derrota no hizo decaer en lo más mínimo los bríos del gobernador Menacho, que continuó poniendo á Badajoz en estado de defensa, hasta quedar la plaza en disposición de resistir durante largo tiempo.

El día 4 de marzo de 1811 dispuso una salida, y, cuando desde lo alto de la muralla estaba contem-

plando con la mayor satisfacción el daño que los nuestros causaban al enemigo, una bala de cañón le dejó sin vida.

En lugar del heroico general fué nombrado un tal D. José de Imaz, del cual no hemos de ocuparnos más que para decir que formó el más vivo contraste con su antecesor, entregando la plaza el día 10 de marzo, cuando aún no había ni remotamente motivo para capitular, apoyándose tan sólo en el parecer afirmativo del coronel de ingenieros D. José

Albo, pero desoyendo las invectivas que le dirigió el de artillería Caamaño. Quedaron en poder del enemigo 170 cañones y 8,000 prisioneros. Formósele causa al Imaz, pero fué sobreseída á la vuelta del *Deseado*.

Espinosa quedó prisionero juntamente con su amigo Méndez.

El brigadier, como un león furioso, se mordía los labios hasta hacerse brotar sangre.

IV

El príncipe de Lugano pensó, al entrar en Badajoz, de qué manera podría conseguir saber el paradero de su fugitiva querida, y á este objeto no se le ocurrió una cosa mejor que convocar á un consejo de guerra para juzgar á Espinosa y Méndez, acusados de asesinato en la persona del comandante Dupuy cuando la estancia del regimiento de la Princesa en Dinamarca; y respecto á Belmonte, de desacato á su persona. Por orden suya habían sido conminados los vocales del consejo para que se pronunciase contra los acusados sentencia de muerte.

El tribunal, presidido por Octavio de Saligny, no tardó en reunirse, haciendo una parodia de consejo, y dictó pronto su terrible fallo, que se mandó publicar casi á un mismo tiempo en todos los barrios de la ciudad.

El general esperó. Si Encarnación quería de veras á Belmonte y estaba en Badajoz, no había de tardar en presentarse á pedirle gracia.

Paseábase inquieto por el vasto salón que ocupaba en una de las principales casas de la ciudad, cuando le entregaron una carta que le hizo palidecer.

Era letra de Encarnación.

La joven le pedía lo que el general había creído justamente que le pediría, en cambio de lo que también creía con justicia que había de ofrecerle. Encarnación había de volver á su lado así que estuviesen en libertad los tres reos de muerte, amenazando con morir ella á su vez si se ejecutaba la sentencia.

El príncipe titubeó entre el rencor de que estaba poseído y la pasión abrasadora que le devoraba, y al fin, venciendo ésta, dió orden de poner en libertad á los presos.

El mismo quiso ir en persona á abrirles las puertas del calabozo, y aguardó para ello á que anocheciera.

A aquella hora dirigióse á un viejo convento en que estaban encarcelados los tres españoles, y mandó se les abriese el calabozo donde yacían cargados de cadenas.

El comandante del puesto pareció no entender bien lo que decía el general.

—¡Los presos españoles! ¡El brigadier y los otros dos que están aquí!—exclamó impaciente al ver que el comandante no salía de su asombro.

—Señor,—contestó aterrado el pobre francés;—esos presos que decís han sido trasladados no sé á qué parte por el comandante Saligny, que se los ha llevado consigo.

—¡Se han escapado! ¡Y ha sido Saligny quien ha procurado su fuga! ¡Oh miserable!

—Sí, mi general. Solo, sin escolta, se ha presentado con una orden firmada por vos, es decir, con vuestra estampilla al pie, mandando se le entregasen; y yo, señor, creyendo deber acatar lo que mandabais, he obedecido.

—¡Traidor!—exclamó rugiendo.—¿Sabéis qué dirección han tomado?

—No puedo deciroslo, monseñor.

—¿Hace mucho que faltan?

—Más de tres horas, monseñor.

—¡Malditos todos!

El príncipe dió orden en seguida para que no saliese nadie de la ciudad; pero el comandante de guardia de la puerta de las Palmas le manifestó al ayudante del general que habían partido ya los que se buscaba, acompañados de una joven, y que creía se habían embarcado en una lancha, siguiendo río abajo.

V

Efectivamente: Octavio de Saligny había sido quien había abierto de par en par las puertas de la prisión á nuestros tres amigos, sin hablar palabra y sin expresar quién era negándose á responder á ninguna de las preguntas que le hicieron los tres sentenciados.

Belmonte fué corriendo á buscar á Encarnación, sin enterarle tampoco á Espinosa de quién era aquella joven, á la cual nunca había visto el brigadier.

Embarcáronse todos en una lancha que parecía estarles esperando, y siguieron la corriente del río, silenciosos los cinco y hondamente preocupado cada uno con su situación respectiva.

Después de una accidentada navegación, hicieron alto al llegar á Pomarao, lugar situado en la raya que separa el Alentejo de los Algarbes, y vecino también de la frontera española de Huelva.

No llegaba hasta allí el rumor de la guerra, circunscrita en la contigua provincia al condado de Niebla.

—¿Os parece seguro este sitio para todos?—dijo Saligny.

—Seguro, en efecto,—contestó Espinosa.

—No es más ventajoso para unos que para otros,—repuso Méndez.

—El consejo de guerra que presidí cometió á sabiendas una iniquidad condenándoos á la pena de muerte, y yo no podía en conciencia ni en mi honor consentir que se realizara tamaña felonía. Este es el motivo por que os rogué que aceptarais la libertad. Cumplido este deber de justicia, he de llenar ahora un compromiso sagrado. ¡Brigadier Espinosa: yo soy el marqués de Lagarde, el raptor de la abadesa de Santiago!

—Comprendo,—exclamó Espinosa,—y os doy gracias. Hay entre los dos pendiente un mortal agravio que debemos ventilar cual cumple á hombres como nosotros. Comandante Saligny, habéis obrado dignamente.

—Tardábame ya encontrarme con vos cara á cara para demostraros que estoy dispuesto á repetir cien veces lo mismo que hice, y para exigiros que tratéis á mi amada con tanto respeto como el que podáis vos desear que se trate á vuestra esposa. Si esa joven que os acompaña no hubiese conseguido por su parte, como consiguió, la orden de ponerlos en libertad á los tres, y si yo no me hubiese encontrado en el deber de abriros las puertas del calabozo para anular un fallo inicuo, tened por cierto que me hubiera jugado la vida para sacaros al campo y á uno tras otro deciros que yo, Octavio de Saligny, soy el amante de Julia de Montespino, y que desde el punto que Julia es mía hay que considerarla tan honrada y pura cual vuestras mujeres puedan serlo.

—Bien está,—respondió Espinosa.—Habéis obrado como cumple á un caballero, y será para mí un

motivo de honor cruzar la espada con un hombre tan digno como reveláis ser.

VI

Era el sitio en que se encontraban una risueña llanura, enteramente solitaria, cubierta de verdes praderas y dilatadas dehesas. A lo lejos, hacia occidente, divisábanse las lomas de la Vía Gloria, y al sur la sierra de Cumeada. Deslizábase majestuosamente y tranquilo al ancho Guadiana por en medio del paisaje, y algunas palmeras alzaban su gentil columna empenachada á orillas del apacible río.

—Quédate con Encarnación,—le dijo Méndez á Belmonte,—y espéranos aquí

Los tres hombres se dirigieron hacia el palmar.

—¿Quién es esa mujer?—le preguntó Espinosa á su amigo.

—Una antigua conocida de Belmonte, llamada Encarnación.

—¿Trataba de salvarnos y lo había conseguido ya?

—Sí.

—Es de agradecer. ¿Belmonte la quiere?

—Se quieren los dos con loco amor.

—Es hermosa: Belmonte ha tenido una feliz elección.

Detuviéronse al pie de una palmera, y Méndez, después de haber hablado con ambos combatientes, exclamó:

—¡Caballeros, en guardia!

Espinosa y Lagarde sacaron las espadas.

—¡Adelante!—repuso.

Cruzáronse los aceros, peleando los dos hombres con verdadero encarnizamiento por espacio de más de cinco minutos.

Lagarde dió un grito ahogado y cayó al suelo, atravesado el pecho de una estocada.

VII

Brotaba mucha sangre de la herida, costándole trabajo á Méndez el restañarla. Habían acudido también Encarnación y Belmonte, y al fin pudieron conseguir que cesase la hemorragia.

Lagarde, desfallecido, arrojó en seguida sangre por la boca.

—¿No habrá ninguna casa por ahí?—exclamó Espinosa.

—El pueblo está lejos,—respondió Méndez.—Quizás más valiera que lo trasladáramos á la barca y siguiéramos hasta un poco más abajo, para desembarcar en Sanlúcar de Guadiana. Así estaremos en España, y el comandante podrá adoptar la determinación que estime mejor si acaso consigue salvarse.

—Me parece bien. Vamos allá.

Transportaron con mucho cuidado al herido, y, soltando la amarra, divisaron al cabo de dos horas el campanario de Sanlúcar.

Encontraron enteramente tranquilo el país, libre por entonces de combatientes, y condujeron al herido á una casa de los alrededores del pueblo, acudiendo en breve el médico del lugar.

El doctor, hombre ya entrado en años y de inteligente expresión, juzgó gravísima la herida, aunque sin desesperar enteramente de la salvación del paciente, y así lo manifestó á los tres militares españoles.

La casa en que quedaba instalado el herido era la de un hacendado del país, admirado al ver llegar aquellos inesperados personajes. Ocultándole la verdad de lo sucedido, le manifestó Méndez que era un oficial francés que había tenido un duelo con un general de su división, y que ellos le habían recogido al encontrarle en tan grave estado, encargando que se guardase el mayor secreto sobre el caso, tanto con unos como con otros, si nunca acertaba á pasar gente armada.

Durante cinco ó seis días estuvo Saligny entre la vida y la muerte; pero, á fines de marzo, el hábil cirujano respondió de su curación.

—¿Qué hacemos?—preguntó Méndez.—¿Seguir aquí ó marchar á incorporarse á los nuestros?

—Creo que no hay ya peligro para el herido,—respondió Espinosa,—y que podemos dejarlo.

—Me parece lo mismo,—añadió Belmonte;—pero, si creéis que deba quedar alguien, yo me ofrezco.

—Como gustéis,—le contestó el brigadier.—Nosotros nos embarcaremos en Ayamonte para Cádiz, y allí nos encontraréis cuando creáis deber venir.

Espinosa y Méndez se despidieron de Saligny, estrechándole la mano, y partieron, dejándole un salvaconducto.

Encarnación y Belmonte quedaron junto al herido asistiéndole cariñosamente, hasta que á mediados de abril se encontró el marqués en disposición de marchar por su pie á donde quisiera.

VIII

La familia que había recogido á Octavio de Saligny era, como suele serlo en aquella provincia, franca, generosa y honrada. El padre, cuyo nombre era Pedro Valdivia, se había distinguido por su denuedo cuando la expedición de D. Luis Lacy al condado de Niebla en junio del año anterior; pero, nada rencoroso, había prestado cordial hospitalidad al comandante, mostrándose siempre deferente y atento con él. La esposa era un modelo de sumisión á su marido, brillando, además, por lo extremadamente limpia y hacendosa que era. Tenían dos hijos sirviendo en el ejército de Cataluña, y les quedaba á su lado una gentil doncella llamada Antoñita, digna de competir con las Vírgenes que pintó Murillo.

Formaban vivo contraste el porte elegante de Encarnación con el natural gracejo de la ribereña; el voluptuoso tipo de la leonesa con la celeste expresión de la campesina de Sanlúcar; la sonrisa cortesana de la una con el dulce gorjeo de la otra; y, sin embargo, parecía como que las dos mujeres estuviesen para siempre unidas con irresistible afecto.

Cuando Saligny se encontró restablecido pensó en abandonar al punto aquella tranquila morada, para no servir de molestia á sus honrados dueños; pero, con sorpresa suya, la niña mostró el mayor empeño en que no partiera tan pronto. Cedió el comandante á las súplicas de Antoñita, sin poderse explicar tal insistencia, cuando al día siguiente, al dar una vuelta por la huerta contigua á la casa, creyó oír rumor de apagadas voces en un emparrado tupidamente cubierto por madre selvas y pasionarias, viendo con indecible asombro tiernamente enlazados al teniente Belmonte y á la niña, que se juraban eterno amor.

Indignése el comandante por la traición que Belmonte cometía con su generosa amante, y á poco estuvo de interrumpir el dulce coloquio para afearle al galán su comportamiento. Pensó lo que debía hacer respecto á Encarnación, y, por último, resolvió enterarse personalmente de Belmonte sobre lo que estaba sucediendo. Saligny profesaba verdadera estimación á la antigua querida del general desde el paso que dió para salvar la vida á los presos de Badajoz, y ésta aumentó más todavía en vista de

los esmerados cuidados que le prestó durante el curso de su herida.

Al ver al día siguiente á Luis, Lagarde le saludó friamente y dijo:

—Tengo que hablaros, Belmonte.

—Decid,—respondió el joven, algo contrariado y pálido de emoción.

—Estáis engañando á una de esas dos mujeres, ó, mejor dicho, á ambas.

—Y ¿qué os importa eso á vos?—replicó con altanería Belmonte.

—Si es á la hija de la casa, me importa por la leal hospitalidad que aquí me han dado: si es á Encarnación, me importa más aún porque no es ese el pago que de vos merece.

—Pues, ya que tanto parece que os interesáis por ellas, sabed que quiero á Antoñita con toda mi alma y que me avergüenzo de haber admitido la más ligera muestra de cariño de una impura cortesana. Sólo un delirio de los sentidos pudo hacer que me prendase de ella; pero, al contemplar la imagen celeste de esa niña virginal, he podido comparar entre una y otra, y no me siento con ánimos para seguir encenagado en una pasión indigna por una mujer cuyo contacto es un oprobio, tanto más en cuanto ese ángel de inocencia y de pureza corresponde á mi amor.

—Y ¿qué pensáis hacer de Encarnación?

—Descuidad: pronto sabrá lo que sucede, pues no puedo ya disimular que es de otra mi cariño.

—Bien está; pero entended desde ahora que vuestra abandonada amante queda bajo mi protección y que os prohibo tener el menor derecho sobre ella.

—Con calor tomáis su defensa, comandante. En fin, disponed de ella.

—Guardaos ya de verla más.

IX

El comandante se despidió con la mayor efusión y cariño de sus honrados huéspedes, y, llamando á Encarnación, la indicó que tendría por un gran favor se dignase acompañarle por breve espacio.

—Iré á decírselo á Luis,—exclamó.

—No: ya lo sabe y está conforme,—dijo Saligny.

Los dos siguieron por la orilla del río, remontándolo.

—¿Hacia dónde os dirigís?—preguntóle Encar-

nación cuando estuvieron á un cuarto de legua de distancia.

—Era mi intención ir á entregarme á los franceses,—repuso Saligny,—seguro de llevar al convencimiento de todos la necesidad en que estaba de obrar de la manera que obré; pero no quiero verificarlo por ahora hasta que los dos decidamos lo más conveniente.

—No os comprendo, amigo mío,—replicó Encarnación.—¿Para qué queréis mi parecer, cuando sabéis bien que no tengo otro interés sino el de que os veáis libre cuanto antes?

—Os agradezco tales sentimientos, Encarnación; pero hora es ya de que sepáis que no os es posible continuar al lado de Belmonte.

—¿Qué decís?—exclamó llena de espanto Encarnación.—¿Queréis arrebatarme al cariño de mi amante? ¿Qué mal os hemos hecho para obrar así con nosotros? ¡Por favor, comandante, dejadme volver con mi Luis! ¡No me arrebatéis la dicha cuando tanto me ha costado alcanzarla!

—¡Desgraciada niña!—exclamó Saligny.—¡Luis Belmonte no es tu amante, sino el de esa Antoñita tan amiga tuya!

—¡Falso!—exclamó Encarnación, tornándose espantosamente pálida.—¡Mentís! ¡Por favor, decidme que mentís!

—Por desgracia no miento, pobre Encarnación,—replicó Lagarde.

—¡Castigo del cielo!—repuso la joven.—¡Ha sido mi único amor y lo he perdido! ¡Por eso le amé tanto: para que pudiese destrozarme el corazón!

Reinó entre ambos largo silencio. El comandante había llevado hasta entonces de la rienda á su caballo, yendo al lado de Encarnación.

—Estaréis cansada,—le dijo.—Montad.

—Y ¿adónde vais á llevarme?

—A donde mandéis.

—Volvedme, pues, al general, para que me acabe de matar.

—No os matará.

—¡Desdichada de mí! ¡Todos me desprecian!

—Nadie tiene derecho á despreciar á quien tan generosamente se ha portado. Habíais conseguido salvar á tres hombres de la muerte: eso os absuelve.

—Vuestras palabras me hacen un bien inmenso, comandante.

—¡Pobre Encarnación! Confíad en lo porvenir: aun podréis ser feliz. Vamos á ver al duque.

—A todas partes os seguiré como á mi mejor amigo.

X

El caballo echó á andar, como orgulloso de llevar tan preciosa carga. Saligny iba conversando con la gentil viajera, tratando de infundirla aliento; pero Encarnación parecía no oír las palabras de su acompañante y no cesaba de llorar, aunque sin proferir una sola palabra contra el ingrato.

La redimida pecadora había visto de pronto desgarrarse la dulce confianza de ser amada por el único hombre á quien hasta entonces había querido. Parecía que su destino era ver cumplidos los ambiciosos sueños de su primera juventud, pervertida por funestos ejemplos é impelida al mal por el vicioso influjo de sus primeros años. Había querido ser rica y lo había sido; había querido subir hasta las más altas esferas y lo había conseguido; y ahora no podía librarse de aquella vida de que tan pronto se había cansado: otra vez había de volver allí. Quedábale, no obstante, el consuelo de que, tornando á los brazos del general, lograría alegrar los últimos días del pobre anciano que tanto la amaba y que no podía vivir sin ella.

—¡Sólo soy buena para los viejos!—murmuró tristemente para sí mientras pasaba, acompañada de Saligny, por delante de una ermita en lo alto del Rosal de Cristina.

En aquel momentó levantó Encarnación la cabeza y oyó una voz que dijo:

—¡Dios te guarde, bella entre las bellas! Capaz soy de quitar á la Virgen del camarín y ponerte á ti al verte tan hermosa.

El que así había hablado era un gallardo mancebo de veinte años, campanero del santuario. Encarnación sintió llenársele el corazón de alegría, y, cual si aquellas palabras le hubiesen ocasionado una sacudida de placer y de esperanza, saltó del caballo, dirigióse al mancebo, que la estaba contemplando embelesado al pie de un álamo, y sin avisarle le plantó un beso en la cara que le dejó profundamente malparado en sus adentros, desapareciendo luego de sus ojos tan bella como fantástica visión.

XI

Los dos viajeros continuaron su camino, siguiendo siempre la línea divisoria que separa los dos reinos, y por último llegaron á Badajoz á mediados de abril.

Profunda sensación causó la llegada del comandante, acusado de alta traición. Lo primero que hizo fué presentarse al príncipe de Lugano, que le recibió en un estado tal de cólera y fiereza que más parecía propio de un loco que de un cuerdo.

Octavio, tranquilo y sonriente, escuchó el torrente de amenazas que salían de la boca del furibundo viejo, y respondió:

—Mi respetable general y querido tío, vos hubierais obrado lo mismo que obré yo.

—¿Eso te atreves á decir? ¿Cuándo he sido yo capaz de cometer la infame avilantez de que diste prueba?

—Debía batirme con Espinosa antes que vos tuvieseis el placer de hacerle fusilar, y por eso le saqué.

—¿Y te has batido?

—Me he batido. Mirad.

Octavio le mostró la cicatriz del pecho.

—Verdad, sí. Y ¿por qué ese duelo?

—Espinosa se permitió lanzar contra mi Julia ciertas expresiones que yo no debía consentir, y menos aún las frases que se me referían como dichas por él respecto á mí.

—Bien está: queda perdonada tu calaverada, verdadero acto de quijotismo; pero, entretanto...

—Entretanto, Sancho Panza ha perdido su ínsula: ¿verdad? Pues ya veis cómo andáis equivocado en todo: Encarnación os quiere más que nunca.

—¿Qué dices? ¿La has visto, la has encontrado? Habla, habla.

—La he visto y os la traigo. Pero sólo os la entregaré con una condición.

—Di pronto.

—Que no debéis hablarla ni una sola palabra de su amante.

—Cumpliré lo que me dices; pero ¿por qué eso?

—Belmonte la ha engañado villanamente.

—¡Basta ya! Pero anda: tráeme cuanto antes á mi *Nanon*, llévame á ella.

—Venid.

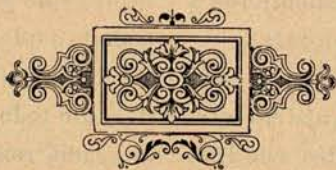
La emoción experimentada por el viejo soldado al ver de nuevo á Encarnación fué tragi-cómica. El enamorado guerrero sintió que le quitaban diez años de encima y tuvo bastante dominio sobre sí para no tratar del delicado punto relativo á su desaparición con Belmonte.

Encarnación sintió despertarse en su pecho un suave sentimiento cual de amistosa gratitud por aquel viejo-niño, y procuró hacerle agradables las horas que pasaban en aquella triste ciudad, de continuo amenazada por los ingleses. Quizás el exceso de dicha fué causa de que sobreviniera una inesperada desgracia. El príncipe había recibido el nombramiento de mariscal de Francia, y se disponía á encargarse del mando de aquel ejército por retirarse á Francia el mariscal Mortier, cuando se sintió

acometido de una fiebre perniciosa. Llamó á Encarnación y la suplicó accediese á ser su esposa antes de morir. Resistióse la joven; pero fueron tan sentidas las palabras del moribundo, que consintió, por último, en que se celebrase la ceremonia, espirando el enfermo á las pocas horas.

Todos los sueños de la mesonerilla se habían realizado: Encarnación Díaz era mariscal de Francia y princesa de Lugano. Toda la inmensa fortuna del príncipe pasó á sus manos.

La joven lloró sinceramente á su bondadoso protector y se sintió más desgraciada que cuando servía en la pobre posada de Mansilla de las Mulas. Había amado con toda su alma á Belmonte y se había visto cruelmente burlada. ¿De qué le servía tanta riqueza con el corazón vacío?



CAPÍTULO XI

La extraña y jamás imaginada aventura del coronel Gauthier

I

Pocos meses después de las escenas que acabamos de referir, y en una hermosa mañana de setiembre, entraba el regimiento infantería de línea número 48 en un pueblecillo del Alto Aragón en dirección á Jaca.

Dicho pueblo tenía, como es natural, su correspondiente alcalde, y el coronel del regimiento fué á hospedarse en casa de aquella digna autoridad.

La casa de un alcalde de monterilla ya se comprenderá que ofrece, por lo común, poquísimos interés, aunque estén adornadas sus paredes con litografías de *Epinal* colocadas en sendos marcos de pino pintado.

Sin embargo, el coronel del 48 de línea no pensaría, sin duda, de igual manera cuando, al reparar en una de las deplorables estampas de que hablamos, dejó escapar un grito indefinible, como de sorpresa y terror.

La cosa no hubiera tenido consecuencia alguna si el coronel Gauthier hubiese estado solo; pero precisamente le acompañaban en aquel momento dos comandantes y un ayudante, amigos antes que subordinados suyos.

Todos se fijaron en la *artística* lámina que había motivado aquel grito, y aumentó de punto su extrañeza al ver que representaba la coronación del cadáver de la desdichada Inés de Castro cuando, des-

enterrada por orden de su esposo D. Pedro I de Portugal, y revestida con los atributos de la majestad, recibe los honores reales después de haber tomado el monarca cruel venganza de los villanos asesinos de su esposa.

Nada dijeron, sin embargo, los sorprendidos militares que pudiese dar á comprender al coronel el asombro que les había causado su singular exclamación; pero en vista de que Gauthier se mostró durante todo el día visiblemente abstraído y preocupado, resolvieron salir de dudas al reunirse por la noche para hacer la tradicional partida de ajedrez.

—A vos, comandante Dampierre, como más antiguo, os toca poner el cascabel al gato,—dijo á su colega el comandante Laroche, siguiendo por una tortuosa y empinada calle.—Atacad, pues, de frente, y sepamos por qué el coronel Gauthier ha de haberse tornado pálido, blanco, lívido y rojo ante una litografía de *Epinal* que representa á la bella doña Inés de Castro, que floreció, si no desfallece mi erudición histórica, hará como cuatro siglos y medio, y por qué todo el día ha de haberse mostrado nuestro valiente jefe tan distraído y taciturno.

—Y sepamos también por qué no ha vuelto á pasar por la sala donde están colgados esos cuadros tan abominablemente pintarrajados, dando un in-

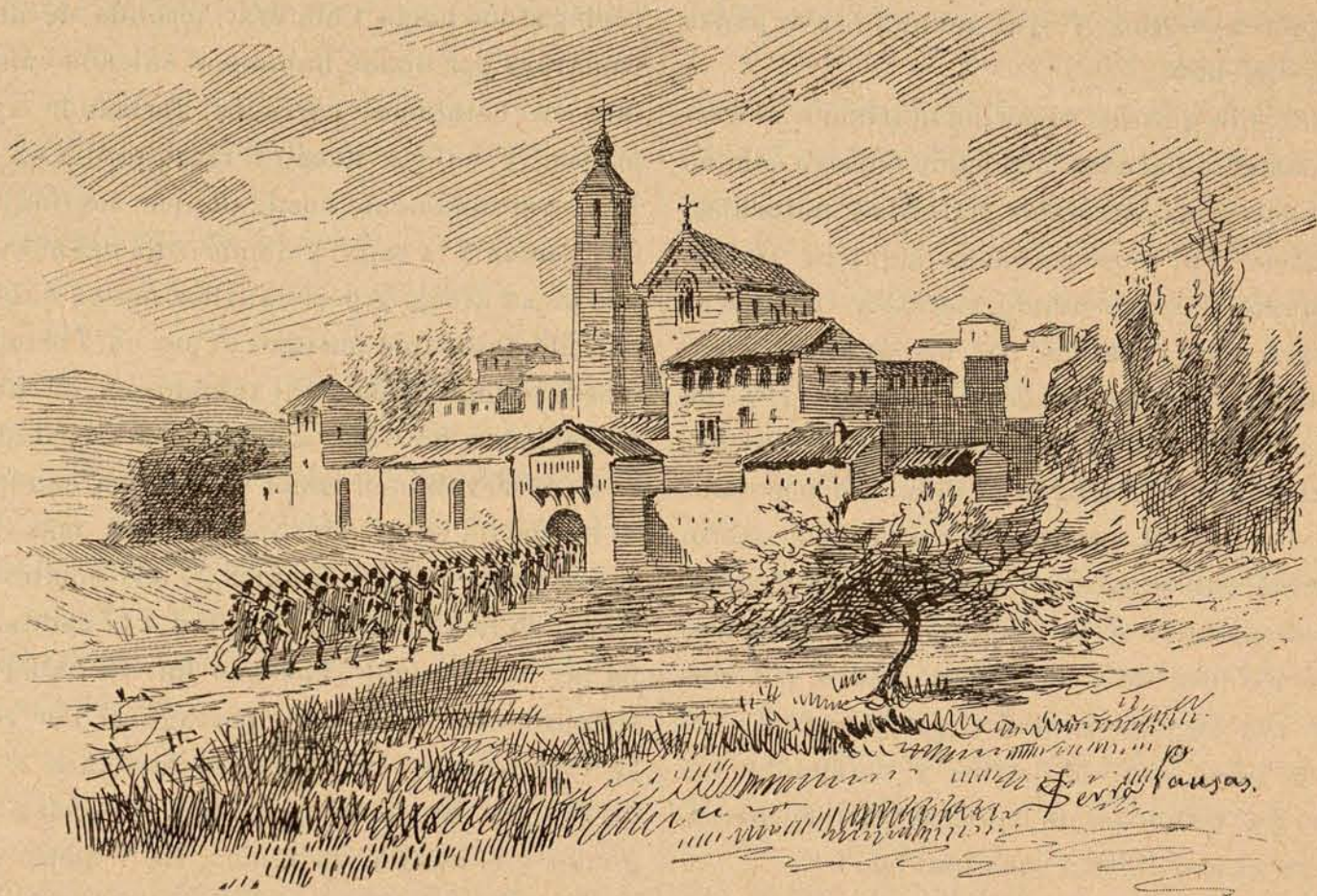
terminable rodeo para entrar y salir de su habitación.

—Todo lo sabréis, señores,—exclamó á este punto el coronel, que venía tras ellos por casualidad, sin que lo hubiesen notado sus amigos, gracias á la oscuridad de la noche.—Todo lo sabréis y comprenderéis que es posible, que es cierto y que es factible el que un militar francés haya tenido algo que ver

con D.^a Inés de Castro. Entremos, pues, en casa, y sabréis el secreto de mi historia.

II

—Era yo ayudante de campo del valiente mariscal Massena,—dijo Gauthier,—y había hecho con él las famosas campañas de Zurich, Génova y Essling, cuando, al regreso de la breve y gloriosa guerra con



...entraba el regimiento infantería de línea número 48...

Austria, terminada con la sangrienta batalla de Wagram, recibimos orden de salir para Portugal al intento de arrojar al mar á los ingleses de Wellington y apoderarnos de Lisboa. Llegamos á Ciudad Rodrigo á últimos de junio de 1809, cuando aquella plaza se hallaba sitiada por el bravo Ney. Bizarramente se defendieron sus moradores, batiéndose hasta los ciegos; pero, no pudiendo prolongarse humanamente más la resistencia, capituló la plaza, y, libres ya de aquel estorbo, dióse la orden de avance hacia las fronteras portuguesas.

Ciento diez mil hombres tenía á sus órdenes el mariscal al empezar la invasión. Harto sabéis qué resultado tuvo. Cuando pienso en aquellas escenas de horror, en aquellos terribles meses de hambre, pestilencia y decaimiento, me figuro que fué todo una horrible pesadilla. ¡Felices vosotros, que no tu-

visteis el dolor de presenciárselo! Así que pusimos el pie en Portugal nos encontramos en medio de la más espantosa devastación y completa ruina. Adivinando Wellington por qué parte penetraríamos, mandó asolar todo el territorio que debíamos atravesar, y en vano fué buscar un pedazo de pan, ni una brizna de paja, ni agua, ni leña.

No era solamente un desierto el país que recorríamos: era una región mil veces más inhospitalaria que el Sahara y las estepas de Rusia. Nuestra miseria era insoportable, y así corríamos en busca de nuevas comarcas donde pudiésemos remediarla en algo, aunque fuese á costa de la vida; pero ¡engañososa ilusión! Cuanto más nos internábamos, más desconsolador era el aspecto del país, más crecía la penuria, más se agigantaban las calamidades, más se complicaba el horror de nuestra situación. Los in-

gleses se retiraban ante nosotros dejando tras sí un rastro de incendios y ruinas, robando y ultrajando á sus propios aliados. Con todo, avanzábamos, y cuando, después de tantas marchas increíbles y casi heroicas, nos creíamos ya dentro los muros de Lisboa, ¡tremenda sorpresa! vióse de pronto el ejército francés detenido ante lo inaudito, ante lo incontrastable, ante las fatídicas líneas de Torres-Vedras.

El coronel se detuvo, como si le afectara hondamente aquel recuerdo, y tras de una breve pausa prosiguió diciendo:

—Figuraos lo que no experimentaríamos al vernos bruscamente parados, obstruido nuestro camino por aquellas inexpugnables murallas naturales, cuya existencia ni sospechábamos siquiera. Habíamos escalado, más que subido, sierras y cordilleras de cumbres sólo visitadas por las águilas; atravesado peligrosos desfiladeros, vadeado ríos de caudalosa corriente, salvado abismos y despeñaderos y combatido sin tregua ni descanso por todos lados. Esto era difícil, asombroso, pero era hacedero. Todo cambió, no obstante, delante de Torres-Vedras. Enfrente de nosotros se levantaba lo imposible; tres líneas de defensa de 7 leguas en cuadro, con ríos por fosos, con tajadas montañas por murallas, cerrados sus pasos con 150 fuertes y defendidas las posiciones por 600 bocas de cañón y 130,000 combatientes, con el mar libre á sus espaldas.

Nunca como entonces brilló el genio de Massena. El viejo guerrero, el *hijo mimado de la victoria*, quiso probar que no en balde era tenido por el primer general francés, y, en vez de doblar la cabeza ante la fatalidad, se aprestó á luchar con el destino, desafiándolo todo para no aparecer humillado. No quiso dar un paso atrás, quedándose donde estaba. No podía ni debía hacerlo, pero allí se mantuvo, firme y arrogante. Todos á una le aconsejaban y exigían la retirada, pero nada bastaba á hacerle desistir de su altanera inmovilidad. Todo le impelía á alejarse de las posiciones que había tomado enfrente de las líneas: el hambre que padecía el ejército, las enfermedades que lo diezaban, las incesantes acometidas de los guerrilleros portugueses, nuevos Viriatos: todo se estrellaba contra la tenacidad del duque de Rívoli. Por fin, enteramente exhaustos de víveres, desnudas y hambrientas las tropas, exánimes todos, desde el mariscal al soldado, retrocedimos hasta Santarem.

Si hábil fué la retirada de Massena delante del ejército anglo-hispano-portugués encerrado en Torres-Vedras, mayormente gloriosa debe considerarse la que emprendimos desde Santarem á la frontera española. El día 4 de marzo de este año, en vista de que Soult no aparecía por ningún lado ni se tenía noticia alguna de su paradero, y siéndonos ya imposible permanecer un día más en donde estábamos, agotados enteramente los víveres, empezamos á replegarnos hacia Coimbra, pisando de nuevo las comarcas por donde habíamos entrado. Marchábamos en batallones cerrados, formando apretadas masas, y cubría nuestra retaguardia el valiente Ney, continuamente hostigado por los ingleses que nos venían á la zaga, y dando cada día nuevas pruebas de su arrojo y pericia. Diez meses habían transcurrido desde que pusimos el pie en Portugal; diez meses permanecimos allí sumidos en un abismo de privaciones, de desgracias y contrariedades. Salimos conservando el honor de nuestra bandera, y no se nos podía exigir más, porque era más de lo que se nos podía exigir. Eramos 80,000 hombres al entrar y no llegábamos á la mitad á la salida. ¡Extraña ley del destino! ¿Por qué ha de habernos sido siempre tan fatal el suelo portugués? Por vez tercera debía repasar las fronteras lusitanas el ejército de Francia, arrojado de allí por el heroísmo de sus gentes y el auxilio británico. En Vimeiro y Oporto dejaron Junot y Soult su honor militar hecho jirones. ¡Gracias á que Massena pudiese conservar el suyo incólume!

Y lo conservó, teniendo que luchar con la desapoderada envidia de sus subordinados, con las intrigas de toda clase en que se le envolvía, con la insubordinación de la soldadesca, y con las descaradas murmuraciones de los oficiales. Massena no era un ambicioso como Soult: no pensó nunca en hacer traición al emperador para ceñirse una corona, como había intentado el otro en Oporto, y así ha podido presentarse en Francia alta la cabeza, tranquilo el corazón.

III

Reinó algún tiempo grave silencio entre los cuatro amigos, profundamente conmovidos por la relación del coronel, cuando de pronto se puso en pie el bravo Gauthier y, cambiando de tono, exclamó:

—Pero ¿qué diablos de historias os estoy contando? Pardiez, que no es para relataros fiel y puntualmente la retirada de Torres-Vedras por lo que estamos aquí reunidos, sino para referiros la extraña y verdadera aventura de D.^a Inés de Castro y el coronel Armando Luis Eustaquio Gauthier de la Tournelle, ayudante de campo de S. E. el señor mariscal Massena, príncipe de Essling, duque de Rívoli, conde del Imperio, etc., etc. ¡Patrón! ¡Cuatro botellas de Cariñena! ¡Quizás me daría la tentación de querer ocultaros algo, y así no habrá cuidado de que me calle nada! *¡In vino veritas!*

Trajo el patrón las botellas, bebieron todos, y el coronel repuso:

—Corríamos, pues, por aquellas abruptas sierras como alma que lleva el diablo, impacientes por ganar cuanto antes la frontera y dejando tras de nosotros un rastro de muerte, hediondez y devastación. Los campos que atravesábamos estaban cubiertos de frutas podridas cuyas emanaciones infestaban la atmósfera, atrayendo inmensos enjambres de insectos que acudían á tomar parte en el botín. Y, sin embargo, nosotros debíamos disputar á los bichos aquella horrible pitanza, muriendo, en consecuencia, los soldados igual que moscas. Nadie cuidaba de sepultar los cadáveres, pero sí de desbalijarlos, y, bajando los lobos á manadas, servíanles de festín. Recuerdo que una vez, en la precisión de ir de prisa y sin impedimenta, desjarretamos quinientos borricos, que murieron en atrocísima agonía, confundíndose sus bramidos de hambre con los gemidos de los moribundos soldados, víctimas de la fiebre pútrida. Revueltos hombres y brutos, formaban inmensas hecatombes. Oíanse de noche aullar los lobos y graznar los buitres y los cuervos, saciados de tanta carnicería. Bien hubiéramos querido saquear los pueblos que encontrábamos al paso; pero como nada quedaba en ellos, nos contentábamos con pegarles fuego. Al fin surgió una idea en el cerebro de los más desalmados, y fué constituir una banda que llamaron *Décimo cuerpo de operaciones*, destinada á robar y matar cada uno por su cuenta, sin reparar en amigos ni adversarios. No dejó de darnos que entender el *Décimo cuerpo*, pues los bandidos que lo componían dieron en martirizar á cuantos paisanos encontraban en los pueblos y caseríos abandonados, excediendo aquellos bárbaros en ferocidad á las mismas hienas.

Llegó en esto á Alcobaza el cuartel general y nos alojamos en el monasterio de aquella villa. Era el tal convento una fábrica de arquitectura ojival suntuosa y grandísima, donde solían ser enterrados los reyes de Portugal. Inútil es decir que no encontramos fraile viviente en el lugar, pues los benditos cistercienses se habían puesto en salvo trasladándose á Lisboa, á 10 leguas de allí. Llegamos al monasterio una hermosa mañana de primavera, siendo indecible el encanto que me produjo aquel apacible y risueño sitio. Hubierais oído cómo murmuraban los ruiseñores en los bosques que rodeaban el convento y en las avenidas de álamos y cipreses que conducían á él. Hubierais notado cómo embalsamaban el ambiente las lilas y los naranjos; cómo murmuraban alegremente el Alco y el Baza, de transparentes aguas. Sí: todo era paz, todo sosiego. A lo menos esto experimenté yo, tal vez sin razón ni motivo; pero me es igual. Recuerdo bien que la sensación que me produjo el paisaje de que os hablo fué única hasta entonces.

Conste, pues, que todo me pareció bellissimo y encantador, y que de buena gana me hubiera metido á fraile bernardo tan sólo para no moverme más de allí. Estaba harto cansado de ver cadáveres y de sentirme asfijado por tanta fetidez: estaba avido de ver flores y árboles, de oír los pájaros, de respirar el aire puro y de gozar un momento de quietud. Así que quedé libre fui en busca de un rincón bien oculto desde donde poder mirar el azul del cielo y contemplar el verdor del campo, y, sobre todo, donde estar á solas. Sentíame extrañamente agitado por una especie de crisis nerviosa, y notaba dentro de mi cabeza como si resonasen frases de novela, versos y cantos. Al fin di con lo que buscaba.

IV

El coronel hizo una ligera pausa y prosiguió:

—Encontréme en una sala gótica, de severo aspecto. A un lado y á otro, entre los ojivales ajimeces, había colocados antiguos retratos de reyes y reinas, graves y ceñudos. Estábalos yo mirando con la simpática curiosidad de un *touriste*, cuando de pronto sentíme como herido en lo más hondo de mi ser. Tenía delante de mí la más peregrina belleza que inmortalizó jamás pincel humano, cual si las flotantes visiones que se cernían en el aire sin forma ni

contorno hubiesen adquirido de pronto humana expresión, perdiendo su brumosa apariencia y trasformándose en mágica realidad.

Era una mujer joven, de dolorida y candorosa expresión, de misterioso hechizo en todas sus facciones, de sin igual distinción en todas sus líneas. Tenía los ojos negros, grandes y tristes; la nariz algo aguileña; boca pequeñísima; de ébano la cabellera, y una encarnada rosa en cada mejilla; algo moreno el raso de su cutis; más bien baja que elevada de estatura; graciosa la actitud, y brillaba en su cabeza la real diadema, como si en vez de prestarla majestad despidiera de sí siniestros fulgores y amenazadores reflejos. Yo no había visto mujer alguna, viva ni pintada, desde hacía un año. Estaba sediento de querer, y no tuve más idea que la de enamorarme ciegamente del retrato. ¡Oh amigos míos! El cielo os preserve de semejantes amoríos.

—Os chanceáis, coronel, — dijo Dampierre. — ¿Cómo puede enamorarse uno de un cuadro?

El coronel miró con ojos de lástima al comandante y siguió hablando de este modo:

—Decía, pues, que me enamoré locamente de la reina, en prueba de lo cual corrí á la biblioteca en busca de una *Historia de Portugal* para saber de pe á pa todos los hechos y gestas de mi adorada Inés, porque creo inútil deciros, señores, que mi idolatrada soberana era Inés de Castro.

Los dos comandantes y el ayudante miraron al coronel cual si creyesen que estuviese fuera de juicio.

—Pero ¿qué tiene de particular que yo me enamorase de Inés, señores míos? ¿No se enamoró don Quijote de la sin par Dulcinea? ¿No se han enamorado más de cuatro de la Venus de Médicis? ¿No provoca cada día nuevas pasiones la *Joconda*? Pues yo, con iguales derechos y con mayor motivo que otros, me enamoré de la infeliz Inés de Castro, la única mujer que ha ejercido en mí una influencia decisiva, la única que... Pero vayamos despacito y contémoslo todo con el debido orden.

No ignoraréis la desdichada historia de aquella que mereció más que otra alguna ser llamada reina de los tristes destinos. Casada en secreto con D. Pedro I cuando no había aún subido al trono este gran monarca, digno de sus tocayos y coetáneos de Aragón y Castilla, fué villanamente asesinada por los esbirros de su suegro Alfonso IV, levantándose un

grito de universal horror ante aquel crimen. Don Pedro se había prendado de Inés cuando era dama de su primera esposa; pero la altiva doncella no quiso escuchar jamás al entonces infante mientras sirvió á la que era su dueña y señora, y sólo accedió á confesar á D. Pedro que le quería no menos que él á ella cuando bajó al sepulcro D.^a Constanza. D. Pedro, más prendado cada día de Inés, la ofreció su mano y se efectuó el casamiento con todos los requisitos necesarios, aunque en secreto. Grande hombre fué el tal D. Pedro, señores, merecedor de ser amado por una dama como Inés. Fué valiente, bizarro, generoso, duro con los malos, espléndido con los buenos. Así que subió al trono hizo una cosa maravillosa é inaudita: perdonó un año de contribución al pueblo. ¡Ya veis que para un rey no se puede pedir más!

Los comensales quedaron asombrados, en efecto, y el coronel siguió así:

—D. Pedro estuvo á punto de perder la razón al ver á su esposa atravesada á estocadas en su cámara. Esperó que llegase la hora de empuñar el cetro, guardando para entonces la explosión de su venganza, y no hay para qué decir que quedó harto y satisfecho. Sí: bien vengada estuvo Inés, bien castigados sus asesinos. Una vez cumplido este deber, mandó desenterrar á D.^a Inés, la hizo sentar en el trono, tuvo efecto la ceremonia de la coronación, y fué trasladada luego con imponente pompa á Alcobaza, quedando en su panteón un sitio para cuando muriese D. Pedro, que efectivamente fué sepultado al lado de su amada esposa al llegarle la hora de la muerte.

Si Inés hubiese sido una reina de esas que sólo sirven para parir, y de las cuales nadie se acuerda una vez muertas ó destronadas, la impresión que me produjo aquel retrato hubiera sido absurda é incomprendible; pero la primera sensación experimentada adquirió agudísima intensidad al acabar de leer la historia de aquella peregrina beldad, y así fué que deliré, verdaderamente deliré todo aquel día, sin separar un momento mis ojos de la pintura y sufriendo continuas alucinaciones que me hacían creer que Inés me entendía y contestaba.

No advertí que en esto iba declinando el día. Llamóseme no sé por quién ni para qué, y atravesé por otra sala, en la cual, en vez de cuadros, estaban alineadas las estatuas de los monarcas portugueses.

Busqué afanosamente dónde estaba Inés, y al punto distinguí su elegante y gracioso gálibo ante un balcón de la gótica galería, resaltando sobre los encendidos arreboles del crepúsculo.

Admirable era la estatua, más aún que la tabla. El mármol blanco marcaba todos los adorables detalles de su gentil figura, presentándola en su completa majestad. Desde lo alto del pedestal en que estaba asentada parecía una Virgen Gloriosa, toda pureza y gracia. ¿Qué os he de decir, para expresar hasta qué punto estaba trastornado mi juicio, sino que besé ardientemente la mano de Inés, sin sentir la frialdad de la piedra, antes bien creyéndola animada por el calor de la vida y la pasión?

V

Pasé allí un largo rato, hasta que la sala quedó envuelta en las sombras de la noche. Por último conseguí desgajarme de aquel sitio y presentéme al mariscal, cuyas órdenes ni entendí ni escuché siquiera. Sólo cuando al final oí que decía se pegase fuego al monasterio, recuerdo que proferí no sé qué furiosas amenazas, ante las cuales se encogió de hombros Massena, creyendo probablemente... creyendo tal vez que...

—Sí: comprendido, coronel,—replicó Laroche.— Creyendo que, en vez de haberos topado con Inés de Castro, os habíais extraviado por las bodegas de los dignos bernardos, repletas de Oporto y de Madeira.

—Habéis dado en el blanco, señor comandante. Eso fué, en efecto, lo que creyó el príncipe de Essling; cosa, por otra parte, disculpable en él. Massena estaba enamorado también; pero no de una muerta, sino de una muchachuela de carne y hueso que no se separaba un momento de su lado. Parece imposible que un anciano como el mariscal estuviese sujeto á una pasión vergonzosa por aquella adocenada loreta. ¡Cuántas veces no se distrajeron fuerzas considerables para escoltar á la damisela! Os revelo esto en venganza de la interpretación que dió Massena á mis atroces amenazas contra el orbe entero si se llegaba á tocar una sola piedra del convento.

A media noche (la hora de las apariciones) me encontraba ya otra vez en la sala de las estatuas, alumbrado por una linterna de rojizo resplandor y

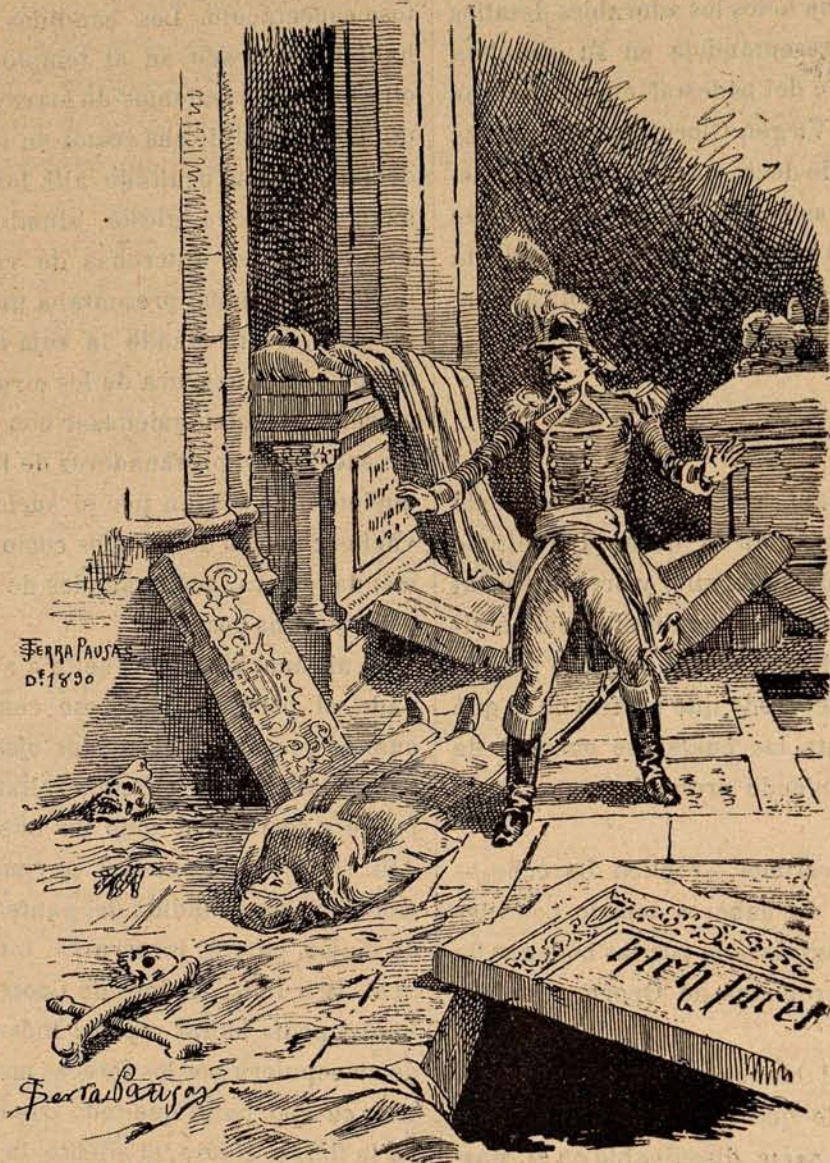
abstraído enteramente en la adoración de mi ídolo, cuando oí de súbito gritos y algazara de la brutal soldadesca. Salí de mi profunda contemplación, y, dirigiéndome hacia donde se profería el vocerío, se presentó ante mis ojos el más repugnante y espantoso espectáculo. Los bandidos del *Décimo cuerpo* habían penetrado en el templo, violando uno tras otro los enterramientos de los reyes y profanando de un modo horrible sus restos en busca de tesoros que decían habían ocultado allí los frailes. La vasta nave ojival de la iglesia, alumbrada por el fulgor siniestro de las antorchas de viento y sogas de esparto embreadas, presentaba un aspecto fantástico, infernal, contrastando la roja iluminación de unos trozos con la negrura de los otros. Las columnas de mármol parecían amenazar con desplomarse sobre los sacrílegos profanadores de las huesas, y los esqueletos que yacían por el suelo mostraban en las vacías cuencas de sus ojos como arrebatos de tremenda cólera, acompañados de sardónicas muecas y horrorosas posturas.

Di algunos pasos, resuelto á atravesar con mi espada al primer facineroso con quien me topase, cuando sentí nublárseme los ojos, rodarme la cabeza, cortárseme el aliento, saltarme el corazón del pecho y correr por todo mi cuerpo un frío mortal. Allí, sobre las losas del pavimento, como estatua mortuoria desprendida del panteón, había una forma de mujer, entera, incorrupta, intacta, blanca, angelical. Era Inés, sí, Inés de Castro, que ni aun en la tumba podía hallar reposo; Inés de Castro, arrojada de su sepulcro por los feroces merodeadores del *Décimo cuerpo*. Sentí que todo trepidaba, que me faltaba la tierra, el aire, el aliento, la razón. Creí llegado el día final y tremendo y resonar en las bóvedas del templo las trompetas del Juicio. La muerta había salido á mi encuentro. ¡Oh! ¡Cuán bella era despojada del color mortal para tomar el de la inmaculada piedra! La muerte había respetado su hermoso rostro. Era Inés, sí, la Inés de la edad media, envuelta en un blanco hábito de freilla, entornados los ojos, divina, tierna, desvanecida, casi sonriente. Entonces, arrastrado por una fuerza satánica y misteriosa, cegado por la pasión, delirante y frenético, ¡horror de los horrores! alcé del suelo á la muerta, y, estrechándola ardientemente contra mi pecho, imprimí un beso en sus pobres labios. Rápido fué aquel abrazo, fugaz y súbito aquel beso, y antes de

que pudiese volver en mí, antes de que pudiese tener conciencia de aquel acto, ¡oh espanto! rompióse el frágil cuerpo y cayó todo á mis pies deshecho en polvo, rebotando en el suelo los separados restos con

sonido hueco y cegándome la nube de ceniza que se levantó del pavimento.

Luego no sé lo que pasó. Quedé como anonadado, helado de miedo, aterrado como un asesino ante el



... había una forma de mujer...

cadáver de su víctima. Huí del templo, cual si cada piedra me lanzara un anatema, cual si todas las estatuas mortuorias hubiesen abandonado sus lechos de mármol persiguiéndome espada en mano y arrojándome su maldición eterna. Huí, y como al atravesar una sala quisiera levantar los ojos para implorar perdón del cielo, vi otra vez á Inés, á Inés, que había cambiado su dolorida fisonomía y parecía mirarme con la amenazadora cólera de una mujer que ha recibido sangriento ultraje.

Desde aquel momento apoderóse de mí incesante

delirio. Poseído de profundo horror hacia mi propio ser, me entregué á imaginables excesos: quemé, destruí, arrasé, cual si hubiese en mis venas la sangre de las feroces hordas que devastaron á Roma. Por todas partes veía surgir ante mí amenazador fantasma, y nada: ni las más brutales crueldades, ni los más terribles crímenes capaces en una guerra, bastaban á ahuyentar de mis ojos la fatal visión. Al fin llegamos á Salamanca, y allí caí rendido por la fiebre, el delirio y el insomnio.

Ahí tenéis, señores, el motivo de mi exclamación

ante aquella litografía de Epinal. Después he conocido á otra Castro; pero ¡ay! que no se llamaba Inés, sino Juanilla, y no había llegado, ni de mucho, á reina de Portugal, sino que ha debido aquí conten-

tarse solamente con ser princesa... de Flandes.—

En aquel instante oyóse el toque de retreta, y los cuatro amigos decidieron dejar para la noche siguiente la partida de ajedrez.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO

Capítulos	Págs.	Capítulos	Págs.
PRÓLOGO: I.—De Madrid á la Sierra.	v	II.—Donde reaparece una conocida y aparece una incógnita.	218
II.—De la Sierra al mar.	xiv	III.—Dúo.. . . .	228
LIBRO PRIMERO		IV.—José en Madrid.	235
De Madrid á Dinamarca		V.—Bailén.. . . .	239
I.—Sale la princesa.	27	VI.—Después de Bailén.	253
II.—En Ávila.	32	LIBRO CUARTO	
III.—¡Centinela, alerta!	37	La retirada de los diez mil	
IV.—A orillas del Rhin.	42	I.—Idilio.	263
V.—Matilde de Rehinsberg.	52	II.—M. Anatolio de la Citrouilliére de la Garrenne.	271
VI.—Impresiones de viaje.. . . .	57	III.—Las filfas del residente.	279
VII.—Planes de campaña.	65	IV.—¡Viva España! ¡Muera Napoleón!	286
VIII.—El café de San Luis.	72	V.—Liborio Grazziani.. . . .	293
IX.—Anuncios de tempestad.. . . .	83	VI.—Julieta..	296
X.—Las emociones del capitán Méndez.. . . .	87	VII.—Fábricas.	304
XI.—Don Juan.	92	VIII.—¡Ay, triste el que fía—del viento y de la mar!	310
XII.—El campamento.	99	IX.—La noche en la playa	318
XIII.—El favorito.	110	X.—La evasión.	327
XIV.—Stralsunda.	114	XI.—El juramento de Langeland.	336
XV.—Petra.	124	XII.—En las Tullerías.—En España.	343
XVI.—Á bordo.	131	LIBRO QUINTO	
LIBRO SEGUNDO		Somosierra	
El Dos de Mayo.		I.—La batalla de Espinosa.	351
I.—De Hamburgo á Sevilla.	141	II.—Hazañas francesas.	362
II.—El prelude de un drama.	147	III.—Noticias de varias partes.—En el Escorial.—Somosierra.	372
III.—El Dos de Mayo.	153	IV.—Monjas y recoletos.	382
IV.—El Tres de Mayo.	189	V.—Frailes, monjas y dragones.	389
V.—Después del drama.	196	VI.—El profesor de clavicordio.. . . .	396
LIBRO TERCERO		VII.—Méndez trabaja	405
Bailén			
I.—Sevilla.	209		

Capítulos	Págs.
VIII.—De cómo un puñal, además de matar, puede dar la vida.	411
IX.—Los ingleses.	422
X.—Stella matutina.	428
XI.—Un golpe de Estado.	439
XII.—A la luz de la luna.	446
XIII.—Ecos de París.	452
XIV.—Rue Saint-Germain, 15.	459
XV.—Comentarios al anterior.	467

LIBRO SEXTO

Zaragoza

I.—El alzamiento.	473
II.—El primer sitio.	476
III.—El segundo sitio.—El arrabal.	483
IV.—La Noche Buena.	489
V.—El convento de San José y el reducto del Pilar.	494
VI.—Catalina.	499
VII.—Un reptil entre los leones.	504
VIII.—El asalto.	511
IX.—Donde se verá que más vale llegar á tiempo que rondar un año.	517
X.—Palmo á palmo.	524
XI.—El convento de las Hijas de Jerusalén.	530
XII.—Las barracas.—En San Francisco.	539
XIII.—La última trinchera.	545
XIV.—Capitulación.	551
XV.—San Juan de la Peña.	558
XVI.—La Virgen del Tremedal.	565
XVII.—Napoleón corre peligro.	570

LIBRO SÉPTIMO

Talavera

I.—Sierra-Morena.	577
II.—Una de «pópulo bárbaro».—Medellín.	585
III.—Encarnación Díez, virgen y vivandera.	595
IV.—Metamorfosis.	604
V.—Las cosas de D. Gregorio.	614
VI.—La batalla.	623
VII.—Botín de guerra.	630

LIBRO OCTAVO

Gerona

I.—El Bruch.	639
II.—Manso.	643
III.—Tristes jornadas.	649
IV.—La tragedia de Pont de Goy.	659
V.—Los mártires de Barcelona.	669
VI.—Donde Manso hace algunas de las suyas.	680
VII.—En Gerona.	685
VIII.—En la calle de la Platería.	690

Capítulos	Págs.
IX.—Montjuich.	697
X.—El convoy.	706
XI.—El gran día de Gerona.	711
XII.—Dulce moriens.	716
XIII.—El bloqueo.	728
XIV.—Pedrarias cazador.	735
XV.—La agonía.	745
XVI.—E cade come corpo morto cade.	750
XVII.—Martirio y asesinato del general D. Mariano Álvarez de Castro.	756
XVIII.—Hostalrich.	763

LIBRO NOVENO

Al borde del abismo

I.—El sitio de Astorga.	771
II.—Aurora.	777
III.—De noche.	786
IV.—Tamames.	791
IV.—La encantadora.	796
V.—La catástrofe.	803
VI.—Más derrotas, infortunios y miserias.	809
VII.—El duque de Alburquerque.	915
VIII.—La isla de León.	823
IX.—Una tertulia en 1810.	829
X.—La Regencia.	835

LIBRO DÉCIMO

La Bisbal

I.—Donde el lector se encontrará con algunos conocidos.	841
II.—En Reus.	848
III.—La Bisbal.	856
IV.—El salvoconducto.	862
V.—Consejo de guerra.	872
VI.—En la Cruz Cubierta.	884

LIBRO UNDÉCIMO

Torres-Vedras

I.—«El Marquesito».	893
II.—¡Yo no capitulo!.	900
III.—Ciudad Rodrigo.	910
IV.—La madre Ángeles de la Resurrección.	919
V.—Corte de retirada.	925
VI.—Entre amigos.	933
VII.—De princesa «in partibus» á teniente honoraria.	938
VIII.—Las líneas de Torres-Vedras.	946
IX.—Una protección inesperada.	949
X.—Río abajo, río arriba.	955
XI.—La extraña y jamás imaginada aventura del coronel Gauthier.	964



PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LOS CROMOS DEL TOMO PRIMERO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PORTADA.		Fray Bernardino siguió leyendo.	468
El caballo iba á escape.	x	Agustina Aragón.	479
—¡Por todos vosotros!—repitió Matilde.	54	Wellington en la batalla de Talavera.	626
Acercáronse al grupo con dos galanes extranjeros.	108	—Vamos: abur, prenda.	637
—Duquesa, no respondo del mérito del cuadro.	231	Salida de la guarnición de Gerona (2.º sitio).	646
—¡Á remar!—gritó Fábregas.	314	Gerona: Heroica defensa del castillo de Montjuich.	699
—Sal ó te aplasto como á una vil serpiente.	325	El 19 de septiembre en Gerona.	714
Iba á caballo el tirano, envuelto en su eterno ga- bán gris.	398	Cruzaron sus aceros los dos hombres.	788
—Es el lucero de la mañana,—dijo la niña.	435	—No queráis deshonrarme llamándome hija vues- tra.	927



CAT 36

31 láminas + portada
2 vol

Ref. CAT 36

€ 2,50

latrastienda@latrastienda.info



**LIBRERÍA
LA
TRASTIENDA**

Ruiz de Salazar, 16
Tfno.: 987 876 222

Mariano D. Berrueta, 11
Tfno.: 987 215 285

LEÓN

www.latrastiendalibros.com
latrastienda@inicia.es



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1375773

